

# EMBRIGADES

Y SUS CONSECUENCIAS MORALES Y FISICAS.

## DISCURSOS

LEIDOS EN LA SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EL DIA 2 DE JUNIO DE 1884,  
EN EL CENTRO ESCOLAR DOMINICAL DE OBREROS DE ESTA CIUDAD POR EL  
PBRO. LIC. D. FÉLIX NAVARRO Y EL DR. D. NICASIO DE LANDA,

*seguidos de un diálogo poético sobre el mismo tema*

POR EL DR. D. M. JIMENO EGÚRVIDE.



PAMPLONA.  
IMPRESA DE JOAQUIN LORDA.  
*Mercaderes, 19.*

1884.

RARO





## LA EMBRIAGUEZ EN ÓRDEN Á LA MORAL

POR EL PBRO. LIC. D. FÉLIX NAYARRO.



¿Qué será? ¡Tanta gritería! ¡Tanto desorden! Los transeuntes reparan y se detienen; los vecinos contemplan desde los balcones; los chicuelos de la calle toman parte activa en el acontecimiento; y corren y gritan y rien desmesuradamente; los agentes de la autoridad forman el consabido círculo aislando al que pudiéramos llamar protagonista de la fiesta. ¿Qué será? Ese hombre parece muerto, pero no; ya se mueve, ya respira, déjase oír su estentórea voz, parece que habla, sí habla; ójala enmudeciera; cubrios los oídos, jóvenes obreros: una blasfemia y otra, y otra, y mil ¡qué horror, qué vergüenza! una mordaza, gritan los circunstantes, á la cárcel con él. ¿Qué hay aquí? Preguntan los recién llegados: un hombre que guarda la horizontal porque no puede guardar otra línea; un hombre que se ha acostado muellemente cayendo sobre los

adoquines de la vía pública y dando un fatal beso á la rasante del andén. Su mirada es la mirada del idiota, sus ojos no brillan; de repente un vómito de cierto color muy pronunciado le denuncia; las gentes le abandonan diciendo "está borracho."

Los muchachos mal educados entran en pleno ejercicio de sus funciones: uno le quita la boina, otro le tira de la colgante manga de la chaqueta; todos le toman por juguete, armando una insoportable algazara; él forcejea por levantarse y apoyado en la pared consigue dar algún paso; mas tambalean sus rodillas, su cuerpo bambolea como globo en precipitado descenso; viniendo por fin á tierra tan pesada mole. Otro porrazo, nueva herida, más sangre: en resúmen es la pública irrisión, es el mono que han elegido los muchachos para su solaz y esparcimiento. Cubramos tan repugnante cuadro con el velo de la caridad, abandonemos el teatro del vicio para trasladarnos al teatro del dolor.

Aproxímaos á esa casa de modesta apariencia, es la vivienda de un obrero. Oyense lamentos en su interior. "Virgen Santísima; qué vergüenza con ese hombre; qué baldón para esta familia pobre pero honrada; ¡ay hijos míos! qué ejemplo, qué padre. Bendito Dios dadme conformidad en este trabajo, en esta desgracia.", Una mujer honrada y virtuosa, cuyo rostro ostenta la huella del dolor, es la que exhala tan sentidas quejas. El cuadro no puede ser más interesante, pero tampoco más desgarrador.

A sus oídos ha llegado la ingrata nueva de que su marido hállase tendido en la vía pública ébrio y contuso. Sabe por desgraciada experiencia de qué manera suele producirse en análogas ocasiones y espera temblando el momento de verle. ¿Y sus pequeñuelos? ¡ay! sus hijos tiemblan como azogados presintiendo la tormenta que se cierne sobre sus cabezas. Esta es la idea, la única triste idea que flota en aquella atmósfera amargada por el llanto. Todos estais viendo en esta familia, la familia de aquel ser degradado que contemplábamos antes; familia, dechado en otro tiempo de paz y bienandanza y hoy.....

¡Oh embriaguez, vicio funesto y vergonzoso; oh excesos alcohólicos! Vamos á combatirlos desarrollando brevemente esta tésis á mí encomendada.

*“Los excesos alcohólicos se oponen á la instrucción y á la moral.”*

Por excesos alcohólicos entendemos el uso inmoderado del vino y de todo licor que contenga alcohol en mayor ó menor grado. Usar del vino moderadamente es altamente higiénico y recomendable; su abuso está proscrito y anatematizado por todas las leyes divinas y humanas. Veamos en primer lugar como se opone la embriaguez á la instrucción. Esta verdad aparece tan palmaria que casi pudiera decirse que es axiomática. Fijémonos en el efecto de dichas bebidas; así que se toman la parte volátil que entra en su composición despréndese de la masa líquida, sube convertida en vapor y ocupa el cerebro y le invade y le ataca y le trastorna; el individuo entonces principia á no ver claro; sus percepciones son imperfectas y absurdas; la máquina intelectual sufre una parálisis y funciona de un modo irregular y anómalo.

\* Ahora bien: consistiendo la instrucción en la adquisición de conocimientos útiles en orden al fin del hombre ¿no queda demostrado que los excesos alcohólicos, al atacar al cerebro perturbándole, se oponen á la instrucción? Y á fé que no basta que el maestro enseñe ó quiera enseñar, no basta que trate de introducir la forma idea, la forma juicio, es necesario que la materia esté apta y preparada; es indispensable que la plancha del cerebro se halle diáfana, tersa y pura; así al ser herida por el rayo luminoso de la instrucción quedará impresa la imagen de la verdad.....

\* Veamos ahora si dichos excesos se oponen á la moral ¿no es esta la reguladora de las acciones humanas? no es la moral la encargada de llevar á la práctica la hermosa virtud? Sí la moral es la que, arrancando á la imaginación lo bello y lo verdadero á la mente, lo convierte en bueno, lo convierte en acciones buenas. De dos maneras pueden los excesos alcohólicos ejercer su acción destructora sobre la moral; *apagando y encendiendo;*

apagando la razón y encendiendo las pasiones: en cuanto á lo primero ¿es la inteligencia el gran luminar que alumbra los recónditos senos del alma, el misterio de la conciencia? Pues ya llevamos demostrado que la embriaguez apaga ese luminar; quedando á oscuras la vida del alma, la libertad cohibida, la voluntad, potencia ciega, en completa tiniebla y la moral por consecuencia anulada.

• Y evidentemente: sin voluntad libre no hay responsabilidad personal, no hay actos humanos, no hay moral; sin inteligencia, sin razón, no hay voluntad, no hay moral, luego lógicamente “los excesos alcohólicos,” al atacar en brecha abierta á la inteligencia, á la instrucción, atacan á la moral. Hé dicho que además la combaten *encendiendo*. Las bebidas alcohólicas en este sentido son poderosos estimulantes, estimulantes de primera fuerza. Ella, la embriaguez que entró por la boca á manejar el cetro del libre alvedrío de su víctima asómase á la boca para desacatar á la autoridad, para insultar al transeunte, para maldecir, para blasfemar. Ella arma el brazo del borracho con el puñal del asesino, con la navaja del pendenciero. Ella es la pechera de la impureza, la tributaria de la lujuria. Ella en fin el factor más importante para la multiplicación y desarrollo de todos los vicios, de todas las malas pasiones.





## LA EMBRIAGUEZ Y SUS EFECTOS FÍSICOS.

POR EL DR. D. NICASIO DE LANDA.



Las elocuentes palabras que habeis escuchado de la dignísima persona que me ha precedido en esta Cátedra, han llevado ya la convicción á vuestros ánimos, de modo que cuanto yo pueda decir parece redundante ó innecesario, pues es predicar, no digo á convertidos, pues no os supongo pecadores, pero sí en convencidos.

Pero vuestra celosa Junta Directiva, ha querido que además de escuchar sobre tan importante asunto la voz de la moral, oyérais también la de la ciencia, honrándome á mí con ese encargo que acepté con gratitud consultando más que mis escasas dotes, mi vivo deseo de hacer algo por este Centro de enseñanza y de moralidad que constituye un timbre de gloria para los honrados trabajadores de Pamplona que lo sostienen.

Voy pues á demostraros sencillamente y sin pretensiones lo que la Ciencia Médica enseña sobre este asunto y veremos

una vez más confirmada esa gran verdad de que casi siempre toda transgresión de la ley divina que constituye pecado y pecado mortal para el alma, determina también por sí misma enfermedad y enfermedad mortal para el cuerpo, comenzando así la expiación desde que el delito se comete. Tan íntima es en nosotros la unión del espíritu y la materia durante nuestra peregrinación terrestre.

Bien acreditan esta verdad los efectos físicos del alcoholismo, de la embriaguez, del abuso de las bebidas espirituosas, que todo es uno.

Y digo el abuso porque este es el reprehensible, no el razonable uso.

En efecto, debemos considerar al vino, como uno de los dones más preciosos de la naturaleza pródiga. Tomado con moderación, su uso diario facilita las digestiones, reanima las fuerzas, vigoriza el organismo entero activando sus funciones, aviva el ingenio y ameniza el carácter haciéndolo expansivo.

Por eso lo empleamos los Médicos, como elixir precioso para devolver las fuerzas á los convalecientes, para reanimar á los desmayados, para cambiar el temperamento de los linfáticos, para enriquecer la sangre empobrecida de los niños escrofulosos ó raquíticos.

Por eso recomendamos el uso del vino al obrero, que en trabajos penosos necesita hacer considerable gasto de sus fuerzas, á los que han de someterse á las intemperies en los climas frios y en la época del invierno.

Pero les ponemos una condición y es que lo beban en las comidas y no fuera de ellas: si alguna vez entre horas necesita el trabajador reanimar sus fuerzas con un vaso de vino, que lo tome cuando menos con un pedazo de pan: porque es muy cierto el dicho vulgar de que conviene poner algodones para el vino como se ponían para la tinta.

Conste sin embargo que si bien considero recomendable el uso moderado del vino para los hombres de trabajo, no es indispensable para ninguna persona que esté en buena salud y goce



buena constitución. Una gran parte de la humanidad desconoce por completo el uso del vino, pues es sabido que la vid solo fructifica en los climas benignos y no por eso les va peor. Los millones de mahometanos que pueblan el Africa y el Asia no lo usan obedeciendo á un precepto de su religión que en su inmensa mayoría obedecen de una manera ejemplar: yo recuerdo ahora que cuando nuestra gloriosa campaña de Africa, al ver en el campo los cadáveres de nuestros valientes adversarios y contemplar su robusta constitución, su elevada talla, su musculatura atlética, reflexionaba que aquellos hombres no habían probado jamás el vino.

Admitimos sin embargo que en nuestro clima frio el uso moderado del vino puede ser útil y saludable, pero es preciso tener gran cuidado de no pasar del uso al abuso. La pendiente que lleva del uno al otro es muy resbaladiza y desde que se ha pasado de la cantidad conveniente empieza ya á convertirse en veneno lo que antes era medicina.

En efecto, según se van apurando copas y más copas, la ligera animación que produjeron las primeras se va convirtiendo en exaltación febril, los vapores alcohólicos suben al cerebro, la palabra es balbuciente, las fauces reseca piden beber más y cuanto más se bebe, más aumenta la sed; la vista se perturba viendo los objetos dobles, la inteligencia se oscurece y el hombre ya completamente ébrio, si no cae aletargado debajo de la mesa del festín, marcha tambaleando por las calles hasta que dá con su cuerpo en tierra, sin fuerzas para poderse levantar.

Este vergonzoso espectáculo es por desgracia demasiado frecuente para que todos lo hayan visto alguna vez, y los espartanos hacían embriagarse á un esclavo, para que contemplándolo los jóvenes cobraran horror á la bebida que tan funestos efectos determina.

Pero volvamos á ese desdichado y veámoslo cuando á la mañana siguiente, sea en su casa ó en la corrección, vuelve en sí de aquel sueño imagen de la muerte y se encuentra con la ca-

beza pesada, la lengua reseca y agotadas sus fuerzas, incapaz para el trabajo: ha tenido un vómito que le ha aliviado y allí está envuelto en su hedionda y asquerosa miseria.

Feliz él todavía si entonces avergonzado de sí mismo, hace el firme propósito de no volver á beber. Algunos, aunque muy pocos, ha habido que lo han hecho, entre ellos se cuenta el general francés Cambronne, aquel que en la gran derrota de Waterloo mandaba los últimos cuadros de la Guardia Imperial: envueltos y destrozados por la caballería inglesa contestó á las intimaciones de rendición con aquella enérgica frase que ha inmortalizado su nombre: la guardia muere, pero no se rinde. Pues bien, cuando este General era jóven, había tenido un dia la desgracia de embriagarse y la de pegar al jefe que le reprendía. Condenado á muerte por el Consejo de Guerra, su Coronel, que le apreciaba, le dió el indulto, exigiendo de él que no volviera á embriagarse: lo que hizo ese bravo fué no volver á probar ni una gota de vino en todos los dias de su vida.

Pero lo repito, de estos casos se cuentan pocos: lo probable es que quien ha bebido vuelva á beber, porque la embriaguez á poco que dure afloja por completo los resortes de la voluntad en el hombre, haciéndolo incapaz de ninguna resolución enérgica, de ningún propósito firme, de ninguna enmienda.

Sigue, pues, nuestro hombre embriagándose primero todos los sábados, después todos los dias: ya el vino no basta para escitar su paladar gastado: necesita aguardiente cada vez más fuerte hasta llegar al alcohol puro: ya en América hay bebedores de ether. Con esto el envenenamiento alcohólico marcha muy de prisa y pronto se hace irremediable. Al poco tiempo el cutis antes sonrosado se torna amarillento y terroso: los ojos pierden su brillo: la mirada es turbia y apagada: la nariz enrojecida y cubierta de granos, los labios abultados, lívidos y colgantes: la cabeza baja y los brazos caidos y todo el cuerpo tembloroso: tal es el aspecto del beodo, que unido á lo sucio y desgarrado de su traje le convierte en objeto de desprecio para los hombres, de irrisión para los muchachos.

En su interior no son menores los estragos: su estómago é intestinos desollados por el continuo contacto del aguardiente que los abrasa están constantemente irritados y ya no digieren, es verdad que también el apetito se pierde: los bebedores no son comedores. Sus pulmones irritados también por el continuo trabajo de eliminar alcohol que como es sabido sale por el aliento, se van deteriorando: Sus riñones fatigados por la constante necesidad de orinar que provoca la bebida se irritan también y vienen las inflamaciones y las dolorosas retenciones de orina. Su cerebro constantemente anublado por los vapores del vino se vá congestionando cada dia más: así la palabra es tarda y balbuciente: la voluntad se enerva, la razón se oscurece, la memoria se ofusca y hasta la conciencia desaparece en esa ruina total, perdiendo el hombre su más glorioso distintivo, el rayo de luz que Dios imprimió en nuestras frentes, para degradarse á la condición del bruto que solo tiene instintos animales. Qué terrible decadencia Señores.

El triste fin de este cuadro lamentable no se hace esperar muchos años. Una apoplejía ó una congestión pulmonar facilísima al salir de la taberna en una noche de invierno suelen anticiparlo. Si así no sucede la muerte es todavía más desastrosa; después del temblor, vienen las convulsiones y la locura especial de los bebedores que la ciencia llama dypsomania y cuyo trágico término tiene un nombre que espanta: *delirium tremens*: el delirio ~~tremendo~~ <sup>con temblo.</sup> entre cuyas horribles convulsiones parece destrozado por dolores taladrantes y entre visiones espantosas el infeliz beodo.

Así murió en Nueva-York un escritor humorístico célebre autor de cuentos fantásticos Edgardo Poé.

Terrible es morir de este modo y sin embargo todavía hay para el que se embriaga alguna probabilidad de otra muerte que horripila más con solo pensarlo: todavía puede morir de *combustión espontánea*.

Su cuerpo saturado de alcohol como una esponja, puede inflamarse al contacto de un fósforo ó de una brasa y arder como

---

si fuera de yesca con una llama azulenca como la mecha de una lámpara de espíritu de vino.

Pocas veces sucede este fenómeno, pero sucede algunas: solo en un año hubo cinco en Francia: yo en mi larga carrera no he visto ningún caso á Dios gracias, pero mi Sr. Padre (q. e. g.) cuando ejerció la profesión en la villa de Lesaca pudo estudiar un caso de combustión espontánea: era una pobre mujer de edad, dedicada hacía años al contrabando y que á fuerza de aguardiente pasaba las noches del invierno cruzando las selvas y las rocas del Pirineo con el paquete al hombro. Cuando la vió mi Padre estaba convertida en un negro montón de pavesas rodeado de grasa derretida y nauseabunda.

Ya veis cuan horribles son las muertes de los beodos que hay que apartar de ellas la vista con horror y el estómago con asco. Pues aun no ha concluido la interminable serie de sus miserias: porque si han dejado hijos como sucede muchas veces, esos seres tan inocentes como desdichados quedan fatalmente predeterminados á la misma desgracia de sus miserables padres y es seguro que para ellos se han de abrir las puertas de la carcel, del hospital ó de la casa de locos.

Sí, la embriaguez se hereda: la ciencia registra muchos casos: recordaré solo uno muy categórico. Un hombre casado se dió tarde á la embriaguez y, al cabo pereció víctima de ella. Los cuatro hijos que había tenido antes de contraer el vicio, fueron sanos y honrados pero en los dos que había tenido cuando ya se embriagaba, se observó desde la infancia la afición á la bebida por más que su madre les castigara; cuando fueron mayores, se entregaron á ella y los dos murieron también como beodos desastrosamente.

Los hijos de los beodos están más espuestos á las convulsiones, á los accidentes epilépticos, á la locura. En las casas de locos se ha averiguado por confesión de la madre que muchos de estos fueron concebidos hallándose su padre en estado de embriaguez.

Puede haber vicio más terrible que ese que no solo deterio-

ra la naturaleza del hombre reduciéndola al estado de bruto sino que también envenena la generación venidera. Esto ya no es solo vicio, esto ya es un crimen.

Y desgraciadamente el alcoholismo va creciendo de día en día y constituyendo un verdadero azote en las grandes capitales sobre todo en los países del Norte: una estadística ya algo antigua comprueba que en los Estados Unidos se consumían al año más de 300 millones de litros de aguardiente; es verdad que había 300.000 beodos de los cuales sucumbían cada año 37.000 víctimas de sus excesos en la bebida. En Berlín para 6500 casas había 1500 aguardienterías y en París una por cada 9 casas. En Suecia sucede lo mismo. En Rusia lo usan los aldeanos. En Inglaterra sabido es que por todas partes, los templos del alcohol *gin palais* se levantan, siendo más los taberneros que los panaderos, carniceros y pescaderos reunidos, y se ha calculado que mueren víctimas de la embriaguez 50.000 hombres cada año. España é Italia figuran en estas estadísticas como países más morigerados, pero según ha sido menos accesible el vino á las clases pobres, vá aumentando el consumo de los alcohólicos.

Malo es el abuso del vino sobre todo el que en las tabernas se espande con ese nombre, un brevaie encabezado con alcohol y teñido con fuchsina, pero peor mil veces peor es el aguardiente.

Porque este, yá apenas se saca del vino ó del orujo de la uva; esto no basta para el consumo: se saca de la fermentación de las patatas, de la cebada, del centeno, hasta de las cortezas de los árboles y esta clase de alcohol es mucho más venenosa. Para darle sabor y aun fuerza los alemanes usan el Kirch ó aguardiente de cerezas, el Ginebra de las bayas del enebro, á otros aguardientes se les refuerza con ácido sulfúrico y con laurel cerezo; el rask de los Siberianos, el whisky de los Irlandeses son alcoholes que abrasan los lábios como el amoniaco: al licor de agenjo se le da el color verde echando sulfato de cobre (cardenillo) en el alcohol.

Así en Francia donde tanto se ha generalizado el uso del

agenjo, se ha probado que la embriaguez que produce es la que más predispone al crimen y que ese licor constituye el más activo método de embrutecimiento de los que lo beben: es un envenenamiento en grande escala.

Por eso si hemos admitido el uso moderado del vino, reprobamos por completo el del aguardiente: solo puede admitirse que personas de edad necesiten ayudar sus digestiones y evitar flatulencia con una corta cantidad de buen anisete tomado después de las comidas en una infusión de té ó de café. Personas jóvenes y robustas no deben tomarlo jamás: para ellas es un veneno: por eso creo que el alcohol y sus preparados solo en las farmacias debieran despacharse con receta del médico.

Pero me dirán algunos que una copa de aguardiente es el mejor desayuno que puede tener el obrero cuando al amanecer sale para el trabajo; que es lo más pronto y lo más barato; que el estímulo del alcohol le protege contra el frio de las mañanas de nuestro largo invierno. Este es un error, un grande error: ese vigor súbito que produce el alcohol es una llamarada facticia que se apaga luego dejando mayor debilidad. Y para lograr esa excitación es forzoso ir aumentando de dia en dia la dosis de alcohol y ya he dicho ántes á donde se llega por ese camino.

El desayuno del obrero debe ser una sopa de ajo ó una taza de café puro, y si esto no es posible porque al amanecer no hay fuego en su casa, mejor que tomar la copa de aguardiente será que coma el mendrugo de pan que guardó de la cena con ajo ó cebolla y beba un vaso de agua. Cualquiera cosa es mejor que contraer el hábito funesto de beber alcohólicos.

Para combatir ese vicio que tan lamentables consecuencias produce á la Sociedad desde muy antiguo dictaron los Legisladores severísimas penas. Una antigua ley de Roma no permitía beber vino á los que no tenían 30 años; y á las mujeres nunca. En Esparta se llegó á descepar las viñas. En Francia en la edad media se castigaba con ocho dias de carcel y de ayuno á pan y agua á los beodos reincidentes. Pero todas las medidas de rigor han sido ineficaces. Mejores resultados se han obtenido en nues-

tros días por las asociaciones de templanza fundadas en Inglaterra y los Estados Unidos, que dirigiéndose á la convicción de los obreros les evitan entrar en los senderos de perdición. Estas Sociedades cuentan en los países británicos millares y millares de adeptos que cumplen fielmente la promesa de abstinencia de toda bebida alcohólica que al ingresar en ellas hicieron. Esos adeptos están en todas las clases de la Sociedad. Aun en las grandes comidas oficiales á que asistí en Oxford y Londres pude observar que en aquellas mesas donde tan excelentes vinos se servían á profusión, algunos convidados solo bebían agua de Seltz: eran de la Sociedad de templanza de los que allí llaman *tetotal* porque solo se permiten como bebida el thé. ¡Qué hermosos ejemplos de abstinencia voluntaria y de dominio sobre sí mismos nos dan esos miembros de las sociedades de templanza!

Ellas nos indican el camino de salvación contra los terribles efectos del alcoholismo, buscándolo más bien en la ilustración y moralidad del obrero y en una resolución enérgica de su propia voluntad, corroborada por la asociación que centuplica las fuerzas y los propósitos individuales, más bien que en la acción del Gobierno ó de la Autoridad.

Algo deben hacer también estas por su parte: pueden y deben rebajar los impuestos sobre el vino y cargarlos y cargarlos mucho sobre los aguardientes para que así sean caros. Vigilar constantemente las tabernas y botellerías para que no sean oficinas de envenenamiento, persiguiendo y castigando con implacable rigor todas las adulteraciones que en algunos de esos establecimientos se cometen con las bebidas, estafando miserablemente al pobre consumidor.

Pero lo repito, solo en su propia energía debe confiar el obrero para evitar los desastrosos efectos del alcoholismo.

La única manera honrada de que el obrero se convierta en propietario es el ejercicio constante de esas dos grandes virtudes, el trabajo y el ahorro; vosotros estais acreditando ese refrán que dice: *trabajo y economía son la mejor lotería.*

Pues bien: qué ahorros vá á hacer quien se entrega al vicio de la bebida: ninguno absolutamente. Incapacitado para el trabajo por su embriaguez, perdiendo el jornal muchos dias, despedido por fin de todos los talleres, de dónde vá á ahorrar? Y aun cuando así no fuere, aun cuando ganara los mejores jornales, es seguro que cuanto llegue á sus manos irá á parar á la taberna: para satisfacer la pasión que le domina empeñará sus herramientas y su ropa, venderá cuanto tenga, porque el beodo vendería hasta su mujer y sus hijos para beber. Recuerdo ahora que cuando yo era mozo, vagaba por las calles de esta ciudad uno de esos beodos impenitentes, un hombre muy alto y flaco de quien se aseguraba que un dia que no tenía con qué beber había vendido su esqueleto para después de su muerte á un profesor de anatomía: aquel infeliz se había emborrachado unos cuantos dias con el precio vil de su propio cadáver convertido en aguardiente. Mirad qué modo de ahorrar.

Pero comprendo que basta ya de cuadros tan repugnantes; no necesito esforzar más mis argumentos para demostrar cuán terribles son para la salud los abusos alcohólicos. Así, pues, si alguna vez necesitais fuerzas y vigor, no las busqueis jamás en el aguardiente sino en vuestra propia energía: si alguna vez teneis penas no querais ahogarlas en el vino sino en la resignación cristiana. Y ya que dando un hermoso ejemplo que si fuera imitado en todas partes resolvería la grande obra de la regeneración social, habeis hecho de esta humilde escuela dominical, un centro de moralidad, un centro de instrucción, y una caja de ahorros, haced con vuestra conducta que sea también una sociedad de templanza.







# DIÁLOGO POÉTICO.

POR EL DR. D. MANUEL JIMENO EGÚRVIDE.



## QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

(CARTA.)

Noble obrero de Navarra,  
Mi queridísimo amigo:  
Dando de mano al trabajo  
Esta epístola te escribo.  
Y aunque no pueda extenderme  
Porque el tiempo necesito,  
He de contarte una historia  
Y un rato de atención pido.

I.

Antonio y Juan, dos obreros  
Que se tienen gran cariño;  
Juan amigo del trabajo  
Antonio del mosto amigo;  
Y de aquí nace la lucha  
Que se observa de continuo,  
Pues Juan siempre está luchando  
Contra el vicio de su amigo.  
Juan es huérfano, que el pobre  
Perdió á sus padres muy niño;  
Antonio tiene á su madre

Que lo quiere con delirio;  
Y Juan de continuo dice  
Lloroso y triste á su amigo  
Que aprecie bien lo que vale  
El bien que tiene consigo,  
Que nunca bien se comprende  
Lo que es materno cariño  
Hasta que triste se queda  
Despues de haberlo perdido.

Un dia, como otros muchos,  
Dia de fiesta, domingo,  
Del taller con sus jornales  
Salen nuestros dos amigos;  
Juan repitiendo la carga  
Animoso y decidido  
Al compañero, al hermano  
Dice en su acento sentido:  
—Antonio, te quiero tanto  
Que mi huérfano cariño  
Tu madre, Petrilla y tú  
Os lo teneis repartido;  
Y como te quiero tanto  
Y eres mi mejor amigo,  
Hoy como siempre te ruego  
Y que me escuches, suplico.  
Déjate ya de pasar  
El dia de fiesta en vicios  
Rebajándote á mi ver  
Como el hombre más indigno.  
Mírame á mí; aquí me tienes  
Con mi jornal, contentísimo,  
Lleno de dulce esperanza  
Dándole un empleo digno.  
He cobrado tres dures  
Que ya es algo; pues destino,  
Dos durejos á la dueña  
Que me tiene de pupilo;  
Dos pesetas á la ropa,  
Creo que ya necesito;  
Y me quedan tres pesetas  
Con lo cual, que ya soy rico.

Ocho reales á la caja,  
Llevo lo de dos domingos,  
De cada cien reales, tres,  
Y crece el capitalito.  
Me queda una pesetilla  
Con la cual yo te convido  
Si me prometes de hoy más  
Hacer caso de un amigo,  
—Juan, te prometo....

—Sí, siempre  
Siempre, me dices lo mismo  
Te prometo..... y nada cumples  
Obras quiero y necesito;  
Dale á tu madre el jornal,  
La pobre te adora, y visto  
Que te portas como debes  
Te abrazará con delirio.  
Vente conmigo á la escuela  
Despues iremos al rio,  
Pasearemos, y á la vuelta  
El convite prometido.

—¿Y sin un cuarto tan solo  
Me he de quedar? Necesito.....

—Tu no necesitas nada  
Teniendo yo estos realillos;  
Tu madre nos dará el pan,  
Yo pondré el queso y el vino,  
Merendaremos; y luego.....  
Cada mochuelo á su olivo.  
—¡Vaya una cosa!

—¿Pues qué,  
No es mejor pan con cariño,  
Que, copas, vino y gallinas  
Con pendencia y revoltijo?  
Vendrás á la escuela, allí  
Dejarás cuatro realitos,  
Que crecerán; ¡te lo juro!  
Y harás un capitalillo.  
Irás á casa formal  
Mañana al trabajo listo,  
Sin aquella modorrera  
De los lunes que estás chispo.  
Aquí me tienes á mí

Sé leer, también escribo  
 Y tengo unas esperanzas  
 Más alegrillas que un mirlo.  
 Si sigo así trabajando  
 El amo me ha prometido  
 Que me subirá el jornal  
 Que es lo que yo necesito.  
 Tengo una novia, ¡muchacho!  
 La Petrilla, ya la has visto,  
 Virtuosa, linda y honrada  
 Que vale un Perú... lo dicho.  
 Y me he de casar con ella  
 Cuando pueda y es sabido  
 Que podré, cuando en la caja  
 Tenga unos cuantos realitos;  
 ¡Ya tengo seiscientos!

—¿Tantos?

—¡Tantos! y ¡qué majos! chico;  
 Y me dan el tres por ciento  
 Que no es despreciable.

—¡Amigo!

¿Y quién te dió ese dinero?

—Yo lo llevo recogido.

Unas veces dos pesetas  
 Otras una y hay domingo  
 Que si no recojo nada  
 Me aguanto y me creo rico.  
 Conque mira bien Antonio,  
 Considera amigo mio  
 Si vale más ser honrado  
 Que no un borrachinga indigno.

—¡Es verdad! De hoy, vida nueva  
 Ha de empezar; me despido  
 De la taberna del Chato  
 Y del otro ventorrillo.....

## II.

Juan se cansa de esperar,  
 Dieron ya las tres y media;  
 Antonio no ha parecido  
 Y de su falta recela.  
 Va á buscarlo; ya es sabido

Donde lo busca, lo encuentra;  
 En la taberna del Chato.  
 Según desde luego piensa;  
 —Antonio—le dice—amigo  
 ¿Es posible que aun apenas  
 Hecho un propósito bueno  
 Lo hayas echado por tierra...?  
 ¿Es posible.....?

—Fuera penas!

No hay vino más superior  
 Que el que hay en esta taberna.  
 —Vamos Antonio— paciente  
 Juan sin temor le contesta—  
 Ven conmigo que aun es tiempo.  
 —¿Qué soy chico de la escuela?  
 —Ven Antonio!

—Quita tonto

Voy á echarme aun otra media.  
 ¿No hay como el tinto, muchacho  
 Para matar negra pena!  
 —Antonio ¡por Dios! Tu madre.....  
 —Mi madre, pues está buena  
 Le he dado cuarenta reales  
 Que no es una friolera.  
 —¿Estás borracho?

—Alegrete

Nada más: Muchacho llena  
 Ese jarro, y otro y otro  
 Y venga un cuero aunque sea.  
 —¡Por Dios! Antonio, te veo  
 Y acaso no te comprenda.  
 Eres un amigo infiel;  
 No encontrarás quien te quiera.  
 —Ni falta que hace; ya tengo  
 En mi casa, en la taberna  
 Un tabernero y un vino  
 Que son la mejor presea.  
 Vaya bebe ó márchate!  
 —No sin que vengas!

—Espera.

Pero.... siéntate, sinó  
 Vas á cansarte..... y es pena.

Y así se pasa la tarde  
 Juan rogando, el otro niega,  
 Y al fin borracho perdido  
 Llevar, sin sentir, se deja.

La madre, subir los siente  
 De dolor muerta y de pena  
 Y al verlo en aquel estado  
 A vivo sollozo empieza  
 —Antonio—dice— ¿es posible?  
 ¿Hoy también? ¿Siempre? ¿Despierta!  
 Duélete de mi, hijo mio  
 Y ten piedad de mi pena  
 —La verdad— Antonio dice—  
 Que para ahogarla, siquiera  
 Sea por poco ó por mucho,  
 No hay mejor que pinta y media.  
 —Antonio— le dice Juan—  
 Oye á tu madre, despierta,  
 Mira que te estás matando  
 Sin conocerlo;

—Bah! deja;

Tú eres un tonto y mi madre  
 Una...

—Antonio, respeta

A tu madre, aunque por serlo  
 Castigarte ella debiera  
 —Un cachete para tí  
 Y otro cachete para ella  
 y *paz cristi* y, ó te vás  
 O ruedas por la escalera.  
 —El villano que á su madre—  
 Dice Juan— á eso se atreva  
 Morirá de mala muerte  
 —¡Juan, por Dios! que así no sea;  
 Está borracho

—¿Borracho?

Dice Antonio— Esta si es buena  
 ¡Toma borracho! y... ¡horror!  
 La mano á su madre lleva  
 Pero ¡guay! en el momento  
 Que acción tan infame intenta

Como herido por un rayo  
 Rueda su cuerpo por tierra.  
 La madre, que al fin es madre,  
 A socorrerlo se llega  
 Pero Antonio.... ¡estaba muerto!  
 Sin decir ¡Jesús! siquiera.

Juan lo contempla aterrado,  
 Su madre solloza tierna,  
 Y las sombras de la noche  
 Cubren en tanto la tierra.

### III.

Ayer lo ví, tras los años  
 Que pasaron del suceso  
 Alegre, noble y honrado  
 Franco, decidor, contento,  
 —Que tal Juan,— le pregunté—  
 —Bien y usted

—Yo bueno, bueno.

¿Qué fué de usted?

—Trabajando

Y ganándome el pan nuestro.  
 Desde que murió mi amigo  
 (¡Que Dios lo tenga en su seno)  
 Han pasado algunos años  
 Y muchos, muchos sucesos,  
 Trabajé cual de costumbre,  
 Ahorré cuanto pude y luego  
 Me casé con la Petrilla  
 Que es como un ángel del cielo.  
 Creció el capital, el amo  
 Que siempre me quiso, lleno  
 De bondad, para un taller  
 Me dió su firma y empeño.  
 Hoy, para servir á usted,  
 Ya soy amo, tengo celo  
 En que mis obreros sigan  
 El camino que yo enseñé.  
 Tengo tres hijos, la gloria  
 Tengo allí en mis pequeñuelos,

Y en fin, que de ser honrado  
Ni me canso, ni lo siento.

El marqués de..... un potentado  
Que llegaba en el momento,  
Estrechó su mano á Juan  
Con gran cariño y afecto  
Diciéndome, al yo mirarle  
En noble y sincero acento:  
—¡La mano de un hombre honrado  
Estrechar, no tiene precio!

Noble obrero de Navarra  
Mi carta llegó á su extremo;  
Que no echas en sacco roto  
Su enseñanza es mi deseo.  
El vino, por ser tal vino  
No es malo ;si el vino es bueno!  
Pero bebido con tasa  
Sin pecar en el extremo;  
El, usado sin prudencia  
Es terrible consejero,  
Ente que desgracias trae;  
Que agosta el más caro afecto;  
Que destruye el porvenir;  
Que mata al mísero obrero;  
Que arrastra al hombre al abismo  
Sumiéndolo en un infierno.

Y pues que el vino no es malo  
En prueba de mutuo afecto,  
Si me atiendes.... te convido  
A un traguillo de lo bueno.

*M. J. E.*

30 de Mayo' de 1884.

